

que se enriquece constantemente con la adivinación de las vivencias presentes de su hija y el presentimiento de sus vivencias futuras». En cualquier caso, es el resultado de una búsqueda afanosa de belleza, de pureza tal vez.

Diez cuentos de Ciudad Amarga son una muestra de la gran capacidad para narrar que posee Gómez-Vidal. La riqueza y la gran fuerza expresiva de su lenguaje, capaz de crear un ambiente ya en las primeras líneas de cada relato, significan un aliciente más para la lectura. El mismo lenguaje, estilizado por motivos estéticos, aparece en *El otro mundo de Tina*, en que el autor da forma a sus poemas sin manifiesta preocupación por rima y ritmo, y crea un universo poético tan variado como las palabras que sirven de inspiración: Dios, España, historia, lluvia, ñoñería, sombra, viento, zoológico, por citar algunas. Una fina sensibilidad envuelve a temas grandes y sencillos, y da unidad a esta obra que revela a Gómez-Vidal poeta, como *Diez cuentos...* ponen de manifiesto al narrador de amplias posibilidades, dos facetas de la personalidad de este escritor hispanoamericano.

TEODOSIO FERNÁNDEZ
 Universidad Complutense
 Madrid
 (España)

LÓPEZ TAMÉS, Román: *La narrativa actual de Colombia y su contexto social*. Colección Castilla. Universidad de Valladolid, Departamento de Lengua y Literatura Españolas, MCMLXXV, 231 págs.

Hoy en día se acepta plenamente la sociología de la literatura como una disciplina ya establecida en el campo de la crítica literaria y social. Sobre este enfoque se han celebrado diferentes simposios a nivel internacional como el auspiciado por el Instituto de Sociología de Bruselas, en 1968, en el que participaron críticos y sociólogos como Roland Barthes, Henry Lefevre y Lucien Goldman, quienes asignan como una función de la literatura el explicar la sociedad de su época, según anuncia Erich Koehler.

Román López Tamés en la obra que nos ocupa se vale de este enfoque sociológico en su cometido de «aportar conocimiento sobre Colombia a través de su novelística contemporánea», y, siguiendo a George Lukács, ve en la novela un reflejo de la realidad, un epifonema de un pensamiento colectivo, una búsqueda por un héroe degradado de valores auténticos en un mundo también degradado.

El crítico santanderino, profesor de literatura hispanoamericana en la Universidad de Valladolid, escudriña más de un centenar de novelas colombianas contemporáneas y descubre en ellas una autenticidad de su lenguaje y una pretensión testimonial y didáctica, que constituyen el paso más importante de la emancipación americana, dejando a un lado el mimetismo en temas y formas europeos, característico de la novelística anterior, de la que se diferencia en los cambios que impone y en la toma de conciencia de los autores seleccionados.

Padece el escritor colombiano, según López Tamés, de un característico «malestar afectivo», personajes en sí problemáticos ante la crisis simultánea de dos sistemas coexistentes, ante la que el novelista aparece «como un Jano

Bifronte; una cara en su mundo arcaico, popular y lejano, y la otra, en la esperanza anunciada como necesaria y económicamente redentora de los medios técnicos, pero cuyo empleo hasta ahora no es afortunado, es también alienador y lesivo» (pág. 31).

Su estudio se concentra en dos núcleos: el de la soledad y el de la violencia, que desde un punto de vista estructural se relacionan y se complementan entre sí. Con conocimiento de causa y acertada visión crítica el autor discurre sobre el dolorido tema de la violencia, de la que fue testigo ocular y atento de la problemática realidad colombiana cuando residió en dicho país durante un quinquenio como catedrático de lengua y literatura españolas en la Universidad de Tunja, en la época álgida de la violencia.

Dentro del tópico de la soledad, el autor señala con acierto y profundidad, siempre basándose en novelas estudiadas, los siguientes matices:

La soledad del espacio excesivo, en el que el hombre colombiano flota en su pequeñez, desamparo y soledad, en un proceso de fatiga y destrucción, con una respuesta tímida ante el desafío violento del medio físico en el trópico. Señala esta problemática en novelas de Rojas Herazo, Daniel Caicedo, Caballero Calderón, Zalamea Borda, Lucy Barco de Valderrama, Mejía Vallejo, Zapata Olivella, García Márquez y otros, lista por sí desigual en cuanto al enfoque y calidad de esta narrativa apocalíptica.

La soledad étnica debida a una discriminación instintiva, en una sociedad endogámica en la que impera una doble conducta moral y legal, y en la que el incesto, la prostitución y el hambre conllevan a la soledad y a la violencia cuando se enfrentan un mundo criollo y caduco con otro mestizo, en ebullición y avasallante. Ilustra estos conceptos con obras como *Chambacu*, *Corral de negros*, de Zapata Olivella; *Uisheda*, de Valencia Tovar, y *Cien años de soledad*, de García Márquez. Sobresale en este apartado su disquisición sobre la sociología del incesto y sus implicaciones en la cultura colombiana.

La soledad del padre, como reflejo de la búsqueda americana de su origen y sentido, manifiesto en la ausencia del padre en el hogar; la distancia cultural entre éste y la madre, eje de la familia; la imposición masculina, el gamonalismo, el desnivel intelectual, aspectos todos que conducen a una poligamia y a una subcultura de la pobreza en la que «el hijo es engendrado o crece con odio» y cuyos efectos se observan en las hordas de gaminés que deambulan por las calles citadinas. Como referencia nos remite a *El Cristo de espaldas*, de Eduardo Caballero Calderón; *El día señalado*, de Manuel Mejía Vallejo; *Detrás del rostro*, de Manuel Zapata Olivella, y *Las bestias de agosto*, de Fernando Soto Aparicio entre los principales.

Esta soledad del padre es, por extensión, la soledad del hombre que no se siente protagonista de su propia realidad, y de América, tierra de exilio, inventada, utópica, macondiana. Es la orfandad del continente a través de la historia, la pérdida del sentido del norte en la familia hispánica; la lejanía, el desconcierto y el aislamiento de los que viajan a otros continentes en busca de un cordón umbilical inexistente. Hay especial referencia a *El buen salvaje*, de Caballero Calderón; *La cárcel*, de Jesús Zárate Moreno; *Los laberintos insolados*, de Marta Traba, y *Los años de la asfixia*, de José Stevenson.

En la segunda parte del libro discurre sobre el impacto de la violencia en la narrativa colombiana, cuando afirma que «se podría asegurar que no hay novela colombiana en los últimos veinte años que en alguna manera no se refiera a la violencia» (pág. 141). Tras un breve recuento de sus discutidas causas y

manifestaciones, López Tamés concuerda con García Márquez en que los novelistas cayeron en un inventario de cadáveres. Es cierto que la mayoría de las obras sobre la violencia adolecen de ese afán de denuncia y de esa voluntad de probar, pero sí hay unas obras cimeras en las que el novelista sí ha tenido madurez y oficio suficientes para enfocar el tema, y la crítica internacional así lo ha constatado al galardonar a escritores como Caballero Calderón, Mejía Vallejo, Alvarez Gardeazábal y el mismo García Márquez, en cuyas obras la violencia es tratada con altos quilates literarios.

Desde su enfoque sociológico el autor señala las causas de la violencia, en especial «el desequilibrio entre los siervos del campo y los proletarios, generalmente en régimen absentista» (pág. 165). Analiza con brillantez de criterio a sus protagonistas como siervos desarraigados y amedrantados, y la Hacienda, como una sociedad cerrada y rígida, pequeño estado dentro del estado, que constituye una comunidad política del mismo signo. Señala como consecuencia de este *status* social injusto el surgimiento de las guerrillas, su organización elemental, sus líderes populares y su fatiga en la lucha.

Finalmente discurre sobre el crecimiento desmedido de la urbe, la repercusión del «bogotazo» cuando se asesinó al líder popular Jorge Eliécer Gaitán; la prostitución y la proliferación de las barriadas marginales. Ante esta situación enjuicia el papel de la Iglesia como centro de la vida social y la dicotomía de un clero viejo y un clero joven que bien incitan o combaten la violencia. En sus últimas páginas el autor valora la actitud de Camilo Torres, el clérigo guerrillero y sociólogo auténtico quien se convirtiera en el líder y el símbolo de la juventud colombiana actual.

Encontramos en esta obra un estudio riquísimo en su dimensión sociológica y literaria para la comprensión de la sociedad colombiana actual. El autor, con independencia de criterio, responsabilidad profesional y un hábil manejo de una copiosa bibliografía, aporta al estudio de tan desafiante tema una obra de referencia ineludible para quien desee adentrarse en la realidad colombiana y americana.

Y no es su primera salida en este campo, pues ya había publicado un excelente libro, *El Estado libre asociado de Puerto Rico*, editado por la Universidad de Oviedo, en 1970, obra que lo ha puesto a la cabeza de los investigadores de tan intrincado tema.

La narrativa actual de Colombia y su contexto social ha llegado en un momento oportuno: cuando Colombia, afortunadamente, se ha encaminado por una amplia vía de paz y de progreso, y cuando sus novelistas ocupan la plana mayor de la novelística hispanoamericana. Esperamos que la labor de Román López Tamés tenga amplia acogida y repercusión en el estudio de la Colombia contemporánea y que sus reflexiones contribuyan a orientar a quienes tenemos fe en un futuro de paz, de trabajo y de progreso para la tierra colombiana.

PABLO GONZÁLEZ RODAS
West Virginia University
Morgantown, W. V.
(EE. UU.)